

## CRÓNICA VERÍDICA DE UN VIAJE IMAGINARIO

GUILLERMO M. CEJUDO

José Antonio Aguilar Rivera,  
Cartas mexicanas de Alexis de Tocqueville,  
Cal y Arena,  
México, 1999.

ESCRIBIR UN BUEN DIARIO de viaje requiere, por parte del viajero, no sólo de un buen conocimiento del lugar visitado, sino de una capacidad analítica y literaria que evite una simple narración desangelada y baladí. A su vez, escribir sobre personajes históricos supone, por lo menos, un buen conocimiento del hombre o mujer en cuestión y de las circunstancias del tiempo y lugar en que vivió.

Una empresa que requiere mucho más que ello es la de intentar hacer un diario de viaje ajeno, pues significa necesariamente entender quién hizo tal viaje, qué halló, cómo lo vio y qué le hizo pensar aquello que encontró. Esto es lo que hace José Antonio Aguilar Rivera en sus Cartas mexicanas de Alexis Tocqueville, y lo hace de una manera espléndida, pues recrea minuciosamente una visita imaginaria del autor de La democracia en América al México de principios de la década de 1830.

Como anticipación de su obra, José Antonio Aguilar había escrito en Nexos de abril pasado: "Tocqueville fue, después de todo, el pensador político 'más seguro, riguroso y responsable' del siglo XIX. Es una lástima que no viniera a México." Sin duda es una lástima, pues nosotros habríamos aprendido sobre el conflictivo México de entonces; se habría aprovechado mucho su habilidad indagatoria reflejada en La democracia en América o de su capacidad para ir contra las explicaciones comunes que encontramos en El antiguo régimen y la Revolución. En todo caso, la inteligencia aguda de quien a los 36 años entrara a la Academia Francesa como el nuevo Montesquieu se habría llevado muchas sorpresas, no todas gratas, al encontrarse en el México decimonónico; incluso podría pensarse que a Tocqueville le habría sido sumamente provechoso contrastar sus hallazgos en Estados Unidos con la realidad, a todas luces distinta, de la naciente República Mexicana.

Para superar esta omisión de la historia, Aguilar Rivera, por medio de la pluma de Tocqueville (que en realidad es la suya), hace una relación bien acabada de la terrible —y a la vez fascinante— condición en que se encontraba una República Mexicana que tenía muy poco de república y mucho de anarquía. Hace esta relación, además, con una mente curiosa, una visión crítica y una pluma dotada que hacen sumamente disfrutable su lectura. ¿Qué encontró el Tocqueville de Aguilar Rivera en México? Como al Barón de Humboldt, lo primero que saltó a su vista fue la desigualdad: "ninguna de las novedades de México me sorprendió tan vívidamente como la desigualdad de condiciones". Para alguien que creía firmemente en la igualdad como futuro de la humanidad —aunque estaba consciente de sus riesgos—, debió haber sido absolutamente extraño encontrar cómo, en México, "primero [es decir, durante la Conquista], la desigualdad se impuso por la fuerza, después quedó plasmada en las costumbres, donde se mantuvo para finalmente ocupar un lugar entre las leyes". Para este Tocqueville (el que sí vino a México), la desigualdad reinante le sirvió de argumento en contra de su hipótesis sobre la ineluctable marcha hacia la igualdad.

Esta refutación tuvo un resultado quizá muy científico, pero sin duda desalentador, pues lo llevó a cuestionar sus convicciones: "es en tal caso posible que la Igualdad [así, con mayúsculas, lo escribía Tocqueville] no sea el destino común de la humanidad?". Si le faltara evidencia, bastaría que visitara el México de finales de milenio para sorprenderse aún más de la formidable manera en que los mexicanos seguimos siendo capaces de detener esa marcha en la que él había depositado la esperanza de la humanidad. Algo que no lo debió haber sorprendido tanto fue la abundancia de conspiraciones y pronunciamientos, pues venía de un país que sufría de la misma pena. Al respecto, Tocqueville, es decir José Antonio Aguilar, escribe: "Conspirar parecería ser el único anhelo de estos hombres y su razón de ser. El resto de los habitantes, la mayoría, es indolente en extremo y sólo sufre los desenfrenos de un puñado de agitadores que lo martiriza sin cesar." A su llegada a México había encontrado el puerto de Veracruz en vísperas de un pronunciamiento más del prototipo de los agitadores del siglo XIX: Santa Anna. Otro rasgo "anormal" que encontró en México fue la firme presencia del pasado. A diferencia de la tenaz orientación al futuro que encontró en Estados Unidos, aquí Tocqueville observaba como "[e]ste pueblo arrastra su historia como una roca a la cual estuviera encadenado". Las leyes, por innovadoras que fueran, eran incapaces de alterar las costumbres y las tradiciones que constreñían el disfrute de una supuesta libertad ganada a España en 1821.

Llegar a un Veracruz al borde de la rebelión, sufrir el fastidio del viaje entre el puerto y la Ciudad de México, conocer a Lucas Alamán, soportar a la pretenciosa aristocracia mexicana, conocer la penosa situación del vulgo y, en suma, advertir los complejos, aunque primitivos, intereses que encauzaban la política mexicana, llevó a Tocqueville a hacer un diagnóstico descorazonado al final del viaje: "El desorden que aquí impera, es cierto, tiene sus razones: cuando en un espacio de tiempo muy breve una nación ha mudado de manera repetida sus líderes, sus opiniones y sus leyes, los hombres de esa nación acaban por adquirir un gusto por la novedad y se acostumbran a que los cambios se efectúen rápidamente por medio de la fuerza. Después es natural que desprecien las formalidades cuya impotencia han presenciado y que no toleren las reglas que tantas veces han visto transgredidas."

Por ello, no es extraño que el Tocqueville de José Antonio Aguilar hubiera regresado a Estados Unidos a la primera oportunidad y que mantuviera en secreto su hallazgo, como nos hace creer el verdadero autor de las Cartas mexicanas. El México de entonces presentaba más interrogantes que respuestas y era prácticamente imposible hacer previsiones sobre su futuro; y es que, como dice José Antonio Aguilar: "en su fuero interno [Tocqueville] sabía que había dado con una nueva especie: la república contrahecha. Se trataba de la Quimera Atlántica: un monstruo mítico de cuerpo estamental y cabeza ilustrada que se entretenía persiguiéndose la cola".

Es esta Quimera Atlántica el escenario de la novela de José Antonio Aguilar. Como novela, es producto de la imaginación del autor, pero esto no significa que se trate de una mentira, y, en ese sentido, la dosis de verdad en la mentira de Aguilar Rivera es muy grande. Podríamos preguntar ¿el análisis que presenta del México del siglo pasado es preciso? ¿La curiosidad y la mente inquieta de Alexis de Tocqueville le habrían permitido hacer las indagaciones y lucubraciones que contiene el texto? ¿Tocqueville se habría expresado de la manera en que está escrito el texto –tanto en forma como en fondo? Y la respuesta a estas preguntas es un sí rotundo. En otras palabras, *ceteris paribus*, si

Tocqueville hubiera venido a México habría visto lo que dice José Antonio Aguilar que vio; habría pensado lo que dice José Antonio Aguilar que pensó; e incluso, muy probablemente, habría escrito lo que pretende José Antonio Aguilar que escribió y en la forma en que lo escribe José Antonio Aguilar. Entonces, la mentira proviene, solamente, de un pequeño detalle: Tocqueville no vino a México; pero ¿qué más da?, José Antonio Aguilar ya corrigió esta pequeña omisión de la historia.